

## En La Unión faltan aulas para un colegio

Cuando los profesores del colegio San Martín de Porres de La Unión enseñan a hacer quesos y chacinados en la sala de industrialización, piensan que dentro de algunos años a sus alumnos no les será obligatorio irse del Chaco. O que si se van, no será para sobrevivir, sino para estudiar, quizás con la misma orientación agropecuaria con la que aprenden en la sala.

Con esa idea, ciento sesenta y dos alumnos estudiaron en 2007 en el único colegio secundario de La Unión –a 50 kilómetros de Rivadavia-, pero en el 2006 la matrícula había sido de doscientos uno. Cuarenta chicos del campo chaqueño no asistieron este año porque ya no disponen del albergue, transformado en sala de industrialización ante las demandas pedagógicas y el aumento de la matrícula.

La Unión es un poblado de cerca de dos mil habitantes, en el corazón del Chaco semiárido, al que une con la capital salteña trescientos kilómetros de ruta. Y separa cien kilómetros de tierra, polvo en invierno y lodo en verano, 50 grados de calor en la canícula de diciembre, y centenares de kilómetros de rutas que pasan por otro lado y alejan a las poblaciones del departamento de Rivadavia del flujo comercial y turístico de la provincia.

Tiene el pueblo también una escuela provincial de más de trescientos alumnos, con un edificio nuevo que en poco tiempo quedó corto: tal fue el crecimiento demográfico de la matrícula que sus directivos tuvieron que volver a utilizar la escuelita vieja para que los chicos no queden sin aulas. Llegó un poco de progreso, pero quedó viejo en poco tiempo.

A La Unión arribó hace más de veinte años un fraile dominico que –con un acuerdo con el gobierno provincial- creó el establecimiento que posibilitó a centenares de jóvenes de la zona seguir sus estudios secundarios. La provincia se hizo entonces cargo de los sueldos y el obispado de Orán, de las primeras aulas.

Donaciones de empresas y de familias particulares hicieron posibles sucesivas ampliaciones, pero ahora el San Martín de Porres ha llegado a un momento crítico. El crecimiento de la matrícula ha hecho que sus directivos tengan que disponer del albergue como sala de industrialización. Pero al no poder residir allí, decenas de chicos que viven hasta 80 kilómetros a la redonda han dejado de asistir.

“El 50% de los alumnos son de parajes aledaños. Incluso de Pozo y Esperanza, a 80 kilómetros de colegio”, dice Roberto Clark, un fraile dominico que está a cargo del colegio

Parece un dilema lógico de difícil solución: si debido al crecimiento de la matrícula los directivos utilizan el albergue como aulas, dejan de asistir los alumnos que viven a kilómetros de allí. Pero si conservan el albergue, otros chicos quedarán afuera por falta de bancos. O quedan fuera por falta de albergue, o por falta de bancos. El dilema, parece, no se soluciona sino con dinero.

Integrante de una red de organizaciones rurales, el colegio buscó financiamiento en Francia, Italia y Alemania para construir las aulas, pero el país ha dejado de ser considerado en emergencia estructural. La desaparición de la emergencia, sin embargo, no ha hecho todavía que nuevos aportes –privados, eclesiásticos o estatales-, hagan posible las nuevas construcciones.

Los directivos del colegio pensaron que la provincia podía disponer dinero para la construcción de las aulas, y de hecho lograron que en 2005 se dispusiera la licitación de la obra, pero sospechan que una decisión política la frenó. En 2006 obtuvieron una

promesa del gobernador, Juan Carlos Romero. Como el colegio seguía meses después sin nuevas aulas, la diputada Virginia Cornejo lo incluyó en el presupuesto 2007.

Pero tampoco –al menos hasta ahora- se ejecutó esa partida. Clark asevera que esta nueva frustración se debe al decreto N° 1232, que reasignó los recursos del presupuesto de obras públicas, dejó afuera al San Martín de Porres y destinó seis millones de pesos “para otros gastos”.

Mientras Clark sigue con paciencia de fraile golpeando puertas, piensa en el futuro de esa zona de Rivadavia, a donde conviven aborígenes y criollos que crían a campo abierto su ganado, en lotes fiscales y fincas que no se han convertido en campos de soja sólo gracias a los bajos registros de lluvia.

“Queremos ayudar a que los habitantes de esta zona tengan un manejo silvo pastoril de sus bienes, que el ganado pueda convivir con el monte. Esta puede ser una cuenca libre de transgénicos”, piensa en voz alta el fraile. Pero sus sueños tienen una condición: las necesarias inversiones en infraestructura que, por ejemplo, puedan hacer disponer el agua del Bermejo.

Pero enseguida el dominico vuelve a las aulas que le faltan y son más cada año que pasa. Hace unos días fue recibido –como otras veces- en el Ministerio de Educación donde le explicaron que el caso tiene características propias que han retrasado la gestión: nunca la provincia había destinado presupuesto para la construcción de un colegio de gestión privada.

De todos modos, Clark dice que la solución podría ser la construcción de un colegio estatal en La Unión, no ya la ayuda al San Martín de Porres. “Lo importante es que los jóvenes de la zona no se queden sin secundario”, asevera.

En el Centro Cívico, un funcionario encargado de las obras en Educación dejó por teléfono una última respuesta en el oído de otro. “Díganle al padre que tenga fe”. Pero cuando salió del Centro Cívico, el dominico estaba más tomista que nunca. No por Tomás de Aquino precisamente, sino por el Tomás aquel que dijo: “Si no lo veo, no lo creo”.

Andrés Gauffin